

A woman with long brown hair is shown from the chest up, floating underwater. She is wearing a white lace-trimmed garment. Her eyes are closed, and her head is tilted back. She has a thick, braided rope around her neck, and another piece of the same rope is wrapped around her right hand, which is held up near her face. The background is dark blue with some bubbles and light filtering through the water.

ALAITZ LECEAGA HASTA DONDE TERMINA EL MAR

PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2021



Alaitz Leceaga



Hasta donde termina el mar

Premio de Novela Fernando Lara
2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alaitz Leceaga, 2021

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2021

Depósito legal: B. 10.475-2021

ISBN: 978-84-08-24542-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

El hombre tiraba de la chica hacia el precipicio. La sujetaba con fuerza por el brazo, mientras los dos avanzaban entre las hierbas altas que crecían en el acantilado de Santa Catalina.

Ella se resistía y luchaba para soltarse, tenía los dedos de la mano libre entumecidos. Gruñó en el aire oscuro de la medianoche y clavó los talones descalzos en el suelo de tierra húmeda para ralentizar la marcha. Pero él era mucho más fuerte y la tenía bien sujeta, así que siguió tirando de ella hacia el mar.

—Estate quieta, monstruo —dijo él entre dientes.

Pero ella no obedeció y todavía forcejeó un poco más para intentar huir. Lo único que consiguió fue que la mano de hierro del hombre se cerrara con más fuerza alrededor de su muñeca, marcándole los dedos en su piel pálida.

La borrasca que soplaba desde el mar era afilada y arrastraba pequeñas gotas de agua salada, que se pegaban a la cara de la joven y le empapaban el pelo conforme se acercaban al borde del abismo. En ese mismo viento helado la joven sintió la tempestad sobre la costa; la tormenta crecía mar adentro y ella podía notar su sabor en la punta de la lengua, la electricidad que flotaba en el aire oscuro mordisqueándole la piel.

La joven apenas podía caminar por el peso de la larguísima cola del vestido de novia que llevaba puesto —confeccionado con metros de tul y seda blanca—, ahora manchado de barro y hecho jirones.

—Dicen que trae mala suerte devolver a la mar a las que son como tú: tormentas, niebla, desgracias, mala mar y poca pesca, eso es lo que provocáis. Pero ya te advertí de lo que pasaría

—masculló él—. Pronto empezarán a sospechar de mí, tendría que haberme librado de ti hace mucho tiempo.

Las dos figuras pasaron junto al faro de Santa Catalina: alto y solitario en la atalaya al final del cabo del mismo nombre. Una potente ráfaga de luz pasó por encima de ellos y los iluminó durante dos segundos, después el mundo volvió a llenarse de sombras.

La chica estaba cansada por la caminata y la lucha, se sentía más débil a cada paso. Le dolía el brazo del que él le tiraba, y los pequeños botones de nácar de la manga se le clavaban en la muñeca por la presión como una pulsera de espinas. Las hierbas altas se le enredaban en las capas de tul del vestido, arañándole las piernas al pasar.

Otra ráfaga de luz pasó volando sobre ellos. La joven tuvo el tiempo justo de ver los helechos inclinándose por la mano invisible del viento del norte, antes de que todo volviera a quedarse a oscuras. Su largo pelo suelto se había convertido en una cortina pálida que flotaba en el aire de la noche, impidiéndole ver lo que tenía delante, como un improvisado velo de novia. Cuando la joven intuyó el final del acantilado un poco más adelante, dejó escapar un gruñido animal que le arañó la garganta seca y mordió con fuerza la mano del hombre. Él aulló de dolor y la soltó. Fue solo un segundo, pero ella aprovechó para alejarse corriendo tan deprisa como pudo.

El corazón le latía con fuerza bajo las capas de tela blanca mientras corría hacia el faro. Le pareció que las hierbas salvajes se aferraban a la cola del vestido como si intentaran detenerla en su huida, pero, aun así, con un último esfuerzo, logró llegar a la verja de hierro que rodeaba el faro. Estaba tan cerca que sus dedos casi pudieron rozar el metal oxidado.

—¿Adónde crees que vas?! —gritó el hombre por encima del viento que soplabá desde el mar—. Solo hay un sitio adonde pueden ir las que son como tú.

La sujetó por el brazo, más fuerte ahora, y tironeó de ella hacia el acantilado. Entre el velo de su pelo suelto, la joven vio la sangre que manaba de la herida en la mano del hombre: una marca profunda y roja entre el pulgar y el índice, justo

donde ella le había mordido. Al agarrarla, su sangre tiñó el encaje de la manga de su vestido, esparciéndose de prisa entre los finos hilos bordados.

Llegaron al borde del acantilado y el mar los recibió con una ráfaga de viento soplando en sus oídos. La joven miró hacia abajo: las olas chocaban una y otra vez contra las rocas afiladas al fondo del precipicio. Temblaba, pero no por el frío, y supo que la tempestad sobre ellos era una criatura hambrienta que no dejaría nada en pie en esa lengua de tierra.

El hombre la miró un momento más, sin soltarla todavía.
—Monstruo. Vuelve al mar.

Y empujó a la joven al vacío y la vio caer con su vestido blanco agitándose en el aire nocturno.

Ella sintió el vértigo en el estómago mientras caía y, después, el golpe doloroso contra la superficie del mar. El agua helada del Cantábrico empapó los metros de tul y seda de su vestido volviéndolo más pesado conforme se hundía: una mortaja blanca que tiraba de ella hacia el fondo oscuro.

Dio unas cuantas brazadas desesperadas para intentar mantenerse a flote y nadar hacia tierra firme. Era ágil y buena nadadora, pero estaba muy cansada y no veía la costa: tan solo el altísimo acantilado desde el que el hombre la había tirado como una pared infinita que se levantaba ante sus ojos. Trató de luchar contra los golpes de las olas, asomando la cabeza para poder respirar entre la espuma blanca que burbujeaba a su alrededor, pero pronto estuvo demasiado cansada para seguir luchando y el aire se volvió plomo caliente en sus pulmones.

De pie al borde del acantilado, él esperó hasta que la vio desaparecer en el oleaje. La joven se hundió definitivamente, con su pelo rubio claro y su seda blanca, arrastrada hasta el fondo por el vestido de novia y las corrientes submarinas que llegaban desde el norte.

Pero el hombre todavía se quedó allí un momento más, estudiando la superficie revuelta del mar para asegurarse de que la joven no lograba salir a flote. Solo cuando se convenció de que se había ahogado, dio media vuelta y caminó de regreso entre los helechos salvajes.

LA TEMPESTAD

La mañana amaneció tranquila. Era uno de esos días en los que parece que nada importante va a suceder, uno de esos cientos de días normales que llenan nuestra vida entre los momentos determinantes que deciden nuestro destino. El cielo estaba despejado y tenía ese tono azul brillante que tienen los primeros días de octubre, cuando el recuerdo del verano todavía flota en el aire. Nada hacía presagiar lo que sucedería después.

Como cada día durante la temporada de verano —que cada año se alargaba un poco más—, a las cinco de la mañana zarparon del pequeño puerto de Ea dos barcos boniteros, un puñado de *txalupas* de remos y un barquito de vela, a la vez que se hacía lo mismo en los demás pueblos pesqueros a lo largo de todo el Cantábrico. Ese día también salió a faenar el vaporcito *Annabelle*: el buque insignia de la flotilla de barcos de la familia Morgan. Sesenta hombres en total —solo en Ea— se hicieron a la mar aquella madrugada.

Mar adentro soplabla una brisa suave del este y las olas fueron amables durante toda la mañana. Sin embargo, a mediodía el aire empezó a cambiar de dirección, arrastrando fuertes ráfagas heladas de viento del norte hacia la costa. El cielo se oscureció de repente, como si un siniestro eclipse solar cubriera de noche los pueblos costeros. Ahí fue cuando todos en tierra supieron que algo terrible iba a suceder. La tragedia se avecinaba ese fatídico 10 de octubre. Los vecinos se olvidaron de sus quehaceres y miraron el cielo nublado sobre sus cabezas, intranquilos, con la mirada de quien ha visto muchas tor-

mentas antes y conoce bien el precio en vidas que dejan a su paso.

A bordo de las embarcaciones, los *arrantzales*, marineros, pescadores y trabajadores se afanaban en recoger las capturas para regresar al pequeño puerto seguro de Ea lo antes posible, pero la tormenta los sorprendió cuando todavía estaban lejos de la costa. El Cantábrico enfureció de repente, desatando un violento temporal sobre los barquitos. La superficie del mar se volvió del mismo color que el cielo, gris oscuro de medianoche, y el viento frío sopló con tanta fuerza que las tejas de los edificios más cercanos al puerto salieron volando. En el mar, las gigantescas olas negras que habían salido de la nada hicieron zozobrar los barcos como si fueran cáscaras de nuez.

A las cinco de la tarde, desde las atalayas en tierra repartidas por toda la costa, se izaron las banderas en señal de peligro para que todas las embarcaciones regresaran a puerto cuanto antes. Bajo un cielo cada vez más oscuro, las familias y los vecinos se acercaron al muelle en busca de alguna noticia sobre los marineros; algunos incluso se atrevieron a subir por los acantilados suaves que rodeaban la pequeña bahía de Ea para intentar ver algo en el horizonte apagado. Las olas llegaban vivas al puertecito con forma de uve, trepando por encima de los muros de piedra como una criatura salvaje y poderosa con la piel hecha de espuma de mar.

El silencio entre los vecinos allí reunidos era absoluto, nadie en el pueblo —ni siquiera los más ancianos— recordaba haber vivido una tempestad semejante.

—Es una galerna —dijo Dylan Morgan con sus ojos azules fijos en el horizonte.

A su lado en el muro de piedra, su hermano Ulises se estremeció debajo de su jersey de punto al escuchar esa palabra.

—¿Estás seguro? —preguntó disimulando el temblor en su voz—. Tal vez sea una tormenta de verano tardía que se ha descolgado hacia el sur.

—No. —Dylan miraba la lucha de los barquitos contra las olas intentando regresar al puerto—. Estoy seguro: es una galerna.

Galerna. Esa palabra estaba prohibida en un pueblo de pescadores: era como una maldición, llamar en voz alta a la mala suerte. La galerna era uno de los temporales marítimos más terribles —de ahí que nadie se atreviera a pronunciar esa palabra a la ligera— y también de los más fulminantes. Era una trampa mortal que comenzaba de repente, justo por eso era tan letal: no había manera de prepararse para sus golpes. Se formaba mar adentro incluso en los días más cálidos y despejados, atrapando a los barcos con sus vientos huracanados y sus olas imposibles.

—¿Recuerdas lo que pasó el sábado de Gloria? Esa tarde de abril de 1878 murieron casi trescientas cincuenta personas ahogadas en una galerna.

Dylan Morgan amaba el mar y también amaba la historia marítima. A sus veintitrés años conocía al detalle todas las anécdotas que aparecían en los libros y en los diarios de navegación que su abuelo guardaba en el despacho. El mar era casi la única cosa en el mundo que le interesaba, además de su familia.

Su hermano Ulises apretó los puños hasta que sus nudillos, todavía bronceados por el sol del verano, se volvieron pálidos.

—El *Annabelle* aún no ha regresado a puerto.

Ninguno de los dos había tenido el valor de decirlo en voz alta hasta ese momento.

—Lo sé.

Un rayo cortó el cielo iluminando las calles de Ea con su luz fantasmal y solo un segundo después empezó a llover: una lluvia fría que caía como una columna de agua empapando a todos los que estaban en el puerto. Pero nadie se movió de allí.

—El abuelo Devon ha vivido muchas galernas antes, sabes lo que cuentan sobre él. También saldrá de esta, ya lo verás.

—Había una tenue esperanza en la voz de Ulises.

Devon Morgan había llegado a Ea junto con su único hijo, Silvestre —cuando este aún era un niño—, navegando desde Bretaña. Tras la muerte de su esposa, los dos solos se hicieron a la mar y recorrieron la costa atlántica: salieron del puerto de Doëlan y navegaron durante semanas en un barquito de vela hasta alcanzar tierra firme.

—Sí, yo también he escuchado esa historia cien veces.

Los dos hermanos habían crecido escuchando las hazañas de su abuelo en el mar, casi como si Devon Morgan fuera el protagonista de un libro de aventuras.

—Y por eso sé que los marineros del *Annabelle* siguen vivos —añadió Ulises—. El abuelo es fuerte, y no hay hombre más valiente que él.

Su hermano estaba de acuerdo, pero no dijo nada.

—Una tormenta de verano no basta para acabar con él —continuó Ulises—. Y mucho menos para hundir el *Annabelle*.

Annabelle Morgan era el nombre de su abuela paterna, fallecida muchos años antes de que ellos nacieran, y ese fue precisamente el nombre con el que su abuelo había bautizado el primer barco de su flotilla. El *Annabelle* fue uno de los primeros pesqueros a vapor que faenaron en la costa cantábrica, y aún era el orgullo de la empresa familiar Vapores Morgan e Hijos.

—Ya verás como pronto regresan a puerto sanos y salvos. Estoy seguro —terminó Ulises, con un optimismo casi infantil a pesar de sus veintidós años.

Pero el temporal empeoró de nuevo, como si estuviera empeñado en llevarle la contraria. Una ráfaga de viento helado los golpeó agitando su pelo y ululando en sus oídos, y al instante una ola trepó por encima del muro de contención del puerto y los caló hasta los huesos.

Las campanas en las iglesias de los pueblos pesqueros resonaron entre los árboles que cubrían los acantilados, alertando a los vecinos para que corrieran a refugiarse en sus casas. La galerna había llegado a tierra.

Durante toda esa tarde interminable, muchos vecinos de Ea hicieron guardia silenciosa bajo la cortina de lluvia, que se volvía más intensa por rachas. Algunos paraguas negros florecieron tras el muro del puerto, pero los dedos invisibles del viento huracanado que soplaba desde el norte doblaba las varillas y los dejaba inservibles.

Pasadas las siete de la tarde empezaron a arribar los barcos de vela, más rápidos que los demás, y que, en su camino de

vuelta, habían conseguido rescatar a una docena de náufragos de las embarcaciones más pequeñas. Los vecinos se arremolinaron en el muelle para recibirlos, buscando noticias sobre los barcos que aún seguían en el mar.

A lo largo de las siguientes dos horas, el resto de los barquitos fue llegando a salvo a Ea, o a los demás puertos bien protegidos de la zona, pero no había noticias del *Annabelle*.

—Ya deberían haber vuelto. —Ulises Morgan se secó la lluvia de las mejillas con la manga empapada de su jersey—. El vapor es mucho más rápido que los demás barcos, hace horas que tendría que estar aquí. A lo mejor se han refugiado en algún otro puerto cercano, puede que estén en Lekeitio o en Elantxobe.

Dylan llevaba un buen rato sin abrir la boca, estaba empapado de pies a cabeza por la lluvia y las olas. Una hora atrás había empezado a darle vueltas a una idea.

—Algo extraño ha tenido que pasar. Tienes razón, el *Annabelle* es el barco más rápido de toda la costa: deberían haber llegado hace horas. —Apartó los ojos del mar revuelto y miró a Ulises—. Voy a salir a buscarlos.

—¿Qué? No, ni hablar. No puedes hacerte a la mar con la galerna. Eso es una mala idea, incluso para ti.

Dylan le ignoró y dio un paso decidido hacia la rampa que bajaba hasta el muelle, dispuesto a coger uno de los barcos de la empresa. Su hermano le sujetó por el brazo para intentar detenerle.

—Suéltame. —Dio un manotazo y se zafó de Ulises.

—¡Es un suicidio!

—No lo es. Conozco el mar mejor que ninguno de los que están aquí, incluso con tormenta. Sé que puedo salir con un barco y regresar a puerto a salvo con el abuelo y los demás hombres.

Algunos vecinos que hacían guardia cerca de ellos se volvieron para mirarlos. No era la primera vez que veían una discusión entre los hermanos Morgan y sabían que tampoco sería la última.

—Por favor... —Ulises insistió, pero sabía que era inútil tra-

tar de razonar con su hermano cuando se ponía así: su naturaleza era tan salvaje como el mismo mar.

—No voy a quedarme aquí esperando noticias como todos los demás. —Dylan caminó decidido bajo la lluvia hasta el comienzo de la rampa—. Tú puedes quedarte aquí si quieres o hacerte a la mar conmigo y ayudarme a gobernar el barco, pero yo voy a ir a buscarlos.

—Navegar me da miedo, lo odio, lo sabes de sobra. —Los ojos de su hermano, muy parecidos a los suyos, le miraron bajo las pestañas cuajadas de lluvia—. No lo hagas, piensa en madre antes de hacer una locura. O si eso no es suficiente para detenerte, piensa en lo que dirá padre si se entera de que has cogido un barco sin permiso, o peor, si te sucede algo.

Su madre, Penélope, se había retirado a su habitación para rezar por las almas de los marineros, y su padre llevaba horas reunido de urgencia con los demás patrones y jefes de cofradías de la zona para una primera evaluación de los daños provocados por la galerna.

—No me importa, voy a ir igualmente —respondió Dylan con su media sonrisa desafiante en los labios.

Pero en ese momento, uno de los hombres que habían sido rescatados del agua por el barco de vela se acercó hasta ellos. Estaba pálido como la cera, pero parecía sereno.

—Sois los nietos del patrón Morgan, ¿verdad? Del *Annabelle*.

Los dos hermanos se quedaron congelados al escuchar el tono sombrío del hombre, presagio de malas noticias.

—Sí. —Dylan fue el único capaz de responder.

El marinero estaba empapado hasta el alma, con los labios amoratados por el frío, y sus manos temblaban debajo de la manta con la que una vecina le había cubierto al llegar a tierra. Aun así, les dedicó una mirada de lástima.

—Algo ha pasado a bordo, no sé el qué, pero llevaban un rato parados en el mismo lugar ya antes de que comenzara la tormenta. Les hemos hecho señales para advertirles de lo que se avecinaba, pero no hemos visto a nadie en cubierta. Lo último que sé del *Annabelle* es que una ola lo ha golpeado con

tanta fuerza que los ha escorado y ha abierto un boquete en su proa.

Sus palabras se quedaron suspendidas un instante en el viento helado.

—¿Estás seguro de eso? Podría ser otro barco, alguno de los vapores del puerto de Bermeo —insistió Dylan.

—Lo lamento. Era el vapor del patrón Morgan, estoy seguro. He visto con mis propios ojos cómo la pared de agua lo golpeaba mientras intentábamos regresar a tierra.

Dylan conocía de memoria cada rincón del *Annabelle*, aun cuando no tenía permiso para salir a navegar: su trabajo consistía en ayudar a su padre en las tareas administrativas y de dirección de la empresa familiar, pero siempre que podía se escabullía de las oficinas de Vapores Morgan e Hijos para bajar al puerto y perderse en la sala de motores o recorrer las estrechas entrañas del *Annabelle*. En su mente imaginó la ola abriendo un agujero en el casco del barco, como una boca negra por la que se colaba el mar entero.

—No, es imposible —musitó, pero ya no estaba tan convencido.

—Cuando nos hemos alejado, el *Annabelle* se hundía a unas pocas millas de la costa. Dadle también mi pésame a vuestro padre.

El marinero se alejó cabizbajo, sabiendo que los hermanos Morgan le recordarían siempre como el hombre que les dijo que su abuelo había muerto.

La tempestad continuaba, salvaje, haciendo imposible que ningún otro barco se acercara a buscar a los posibles naufragos del *Annabelle*, aunque después de un golpe de mar como el que había recibido el pesquero, y de las horas que llevaba a la deriva en el agua helada, nadie —y especialmente nadie en un pueblo de pescadores— tenía muchas esperanzas de encontrar supervivientes.

La noche cayó sobre ellos aplastando cualquier posibilidad de rescate. Un rato después, Ulises murmuró algo y echó a andar hacia la casa familiar en el centro de Ea, para informar a su padre de las últimas noticias sobre el *Annabelle*.

Dylan no se movió del puerto. Calado hasta los huesos y con sus ojos de agua fijos en el horizonte, soportó la lluvia durante toda esa noche interminable.

La sirena apareció la mañana después de la tormenta.

La encontraron en la cala de Natxitua. Su cuerpo flotaba boca arriba mientras las olas la mecían despacio acercándola más y más a la orilla, como si quisieran que alguien diera con ella.

La galerna de la noche anterior había sido la más violenta de los últimos años; tanto que los vecinos de los pequeños pueblos pesqueros que se amontonaban en el golfo de Vizcaya hablarían de ella durante décadas, y la bautizarían como «la gran tempestad de 1901». Esa había sido la tormenta más temible que Ea había conocido. El poder destructor del viento del norte hizo que los tejados de las casas más cercanas al puerto salieran volando, algunos árboles del bosque de pinos que crecían junto a los acantilados amanecieron en la pequeña playa al final del estuario natural: el viento los había sacado de la tierra, con raíces y todo, y arrastrado hasta allí. La lluvia torrencial que anegó los pisos más bajos de las casas también empujó el elegante carro de caballos de la familia Laguna —sin los caballos—, que apareció flotando en el muelle a la mañana siguiente. El viento arrancó los tejados e incluso algunas de las contraventanas de colores de las casas que se levantaban a ambos lados de la ría desaparecieron en la tempestad, arrancadas de sus goznes, y no las encontrarían hasta semanas más tarde en una colina cerca del barrio de San Bartolomé.

Durante las largas horas de la noche se habían sucedido los telegramas entre las autoridades de los pueblos golpeados por la tempestad, los patrones de embarcaciones y delegados del Gobierno para empezar a tener una idea aproximada de las consecuencias de la tragedia. Ulises se durmió en el bonito sofá tapizado que decoraba la sala de visitas de las oficinas de la empresa —ubicada en la planta baja de la casa familiar de los

Morgan—, casi sin darse cuenta. Estaba agotado después de haber pasado la tarde anterior —y buena parte de la noche— en el puerto bajo la tormenta, vigilando el horizonte y conteniendo la respiración con cada nuevo golpe de las olas contra el muelle. Se quedó dormido después de medianoche, nada más cerrar los ojos, mientras esperaba a que su padre terminara de hacer el primer recuento provisional de daños en sus libros de contabilidad.

Dylan le sacudió por el hombro sin miramientos pasadas las nueve de la mañana, y por un momento, cuando Ulises abrió los ojos con la mente todavía entre la niebla del sueño, le pareció que era su abuelo Devon quien se inclinaba para despertarlo.

—Abuelo..., has vuelto —masculló con la voz pegajosa por el sueño.

Dylan se apartó de su hermano cuando le escuchó mencionar a su abuelo, sintiendo un pinchazo de dolor casi físico.

—No. Ni el abuelo ni ninguno de los marineros a bordo del *Annabelle* han regresado aún y el mar todavía no ha devuelto ningún cuerpo —respondió secamente—. Venga, levántate. Quiero ir a Natxitua, seguro que desde allí puede verse el *Annabelle*.

—Claro. Dame un minuto para asearme un poco.

—Bien, te espero fuera, necesito que me dé el aire. Pero si me acompañas no quiero tener que hablar en todo el camino.

Ulises asintió y se pasó la mano por el pelo mientras se despezaba. Vio que alguien —seguramente su madre— le había tapado con una manta mientras dormía.

Los hermanos Morgan querían ver con sus propios ojos el barco a medio hundir de su abuelo, que aún se mecía entre las olas a pocas millas de la costa. Sabían que nadie los buscaría en la pequeña playa, así que atravesaron el pueblo silencioso, todavía envuelto en la bruma matutina, y después bajaron el sendero sinuoso entre los árboles —que se volvía resbaladizo y mucho más peligroso cuando llovía, hasta llegar a la cala es-

condida—. No intercambiaron una sola palabra durante todo el camino, Dylan caminaba unos cuantos pasos por delante de su hermano, con las manos en los bolsillos del pantalón y el ceño eternamente fruncido.

Llegaron a su playa secreta y el sonido de las olas entre los guijarros los recibió con un susurro familiar. Natxitua era una cala aislada y separada del resto del mundo por un bosque de altísimos pinos, abedules y fresnos. A los Morgan les gustaba ir a esa playa remota, donde el aire siempre olía a resina y a salitre.

—No has dicho una sola palabra sobre el abuelo desde anoche.

—Ya habíamos acordado que si me acompañabas no tendríamos que hablar sobre el abuelo; además, ¿qué quieres que te diga? —respondió Dylan sin ocultar su fastidio—. El abuelo está atrapado en ese maldito barco y lo único que podemos hacer es esperar y ver cómo se hunde poco a poco. Ya no lo soporto más. Deberías haberme dejado salir a buscarlo anoche.

—Y ahora tú también estarías muerto.

—Eso no lo sabes.

Ulises miró a su hermano, alto y desgarbado, con los ojos perdidos en el mar mientras el viento marino le revolvía el pelo oscuro. Se parecía mucho a su abuelo, y ellos dos siempre habían estado muy unidos. Ambos eran de carácter apasionado e impulsivo, dos hombres de acción admirados por cuantos los conocían, dos líderes natos. Ulises lo sabía y en secreto sentía celos de esa relación y de esa capacidad de su hermano para dejarse guiar siempre por su corazón. Él también adoraba al abuelo Devon, pero su carácter más tranquilo y discreto le hacía sentirse más unido a su padre, a quien se parecía más.

—Sabes que es posible que el abuelo no regrese jamás, ¿verdad? Tenemos que prepararnos para lo peor —dijo con delicadeza—. El mar no siempre devuelve lo que se lleva.

Dylan dejó escapar un bufido y le dio una patada a uno de los cantos rodados que formaban el suelo de la playa.

—No quiero hablar del tema. Por lo que a mí respecta, no

pienso aceptar que está muerto hasta que vea su cuerpo con mis propios ojos.

Aún había mala mar y ningún barco de rescate había podido salir a buscar supervivientes. El mar tampoco había devuelto durante la noche ninguno de los cuerpos de los catorce marineros a bordo del *Annabelle*, así que Dylan había decidido abrazarse a esa diminuta esperanza. Dylan sintió un nudo en la garganta, aunque no dijo nada. Esa noche había llorado, pero no lo admitiría jamás. Fue al llegar a casa, justo antes del amanecer. Fue entonces cuando decidió ir a su playa secreta para ver la silueta borrosa del *Annabelle*, que se mecía sobre las olas como un animal herido.

—Hay casos de hombres que sobreviven después de pasar horas o incluso días en el mar... —aceptó Ulises—. Aun así, tarde o temprano tendrás que aceptarlo y dejar de buscarle en el horizonte, Dylan.

Su hermano se volvió hacia él y le lanzó una mirada salvaje.

—¿Dejar de buscarle? ¿Ya te rindes? ¿Es eso, o es que tienes miedo de que padre se entere de que nos hemos largado de casa sin decírselo a nadie? Ya somos mayorcitos, deberías empezar a pensar por tí mismo en vez de hacer siempre lo que padre te ordena. A lo mejor hasta te gustaba.

Los dos hermanos se habían escabullido por la puerta trasera de la casa evitando encontrarse con su padre, que a esas horas desayunaba solo en el comedor formal como hacía cada mañana.

—No es eso. Yo ya pienso por mí mismo, y desde luego que no necesito el permiso de padre para hacer lo que me dé la gana —se defendió Ulises—. Es solo que anoche pude hablar con él unos minutos: me contó que la empresa familiar no puede permitirse perder un barco ahora mismo, estamos casi en la ruina y con el hundimiento del *Annabelle*...

—Pues claro que no podemos permitirnos perder otro barco. «Vapores Morgan e Hijos es nuestra herencia, nuestro legado» —repitió Dylan, imitando la voz de Silvestre Morgan.

A pesar de todo, Ulises se rio en voz baja. Por muy mayores

que fueran, siempre le hacía gracia cuando su hermano imitaba a su padre.

—Siempre estamos «casi en la ruina», así es este negocio. Cambia casi cada año y nos vamos quedando atrás: hay nuevas técnicas de pesca, mejores redes, barcos más rápidos... Es imposible estar al día —terminó.

Los dos hermanos se acercaron a la orilla para ver mejor el barco que se hundía en el horizonte. El *Annabelle* flotaba unas pocas millas mar adentro herido de muerte, a medida que sus entrañas se iban llenando de agua.

—Desde aquí casi parece una ballena varada —murmuró Dylan sin apartar los ojos de la sombra oscura del vapor.

Por lo general el agua en la cala era transparente y clara, aunque esa mañana aparecía sucia, turbia, por la tormenta que había removido el fondo marino. Desde allí tenían una vista privilegiada del *Annabelle*, que ya apenas asomaba por encima de las olas.

Fue entonces cuando vieron a la chica. Flotaba a pocos metros de la orilla, envuelta en su vestido de novia.

—¿Qué es eso?

—¡Es una chica! —exclamó Dylan—. Corre, ayúdame a sacarla del agua. ¡Vamos!

Dylan se quitó los zapatos y abandonó su grueso jersey de lana en la orilla y los dos corrieron adentrándose entre las olas, pero Ulises se detuvo cuando el agua fría le llegó por las rodillas. El agua del mar siempre estaba más fría después de una tormenta.

—Mejor ve tú a buscarla. Yo te espero aquí —dijo Ulises con voz temblorosa.

—¡Gallina! —le gritó su hermano.

Dylan era un buen nadador, su altura y su cuerpo atlético eran una ventaja, así que se zambulló en el mar helado sin pensarlo siquiera y nadó hasta la muchacha.

Las olas arrastraban todo tipo de objetos hasta las playas: tablones, un remo, un moderno poste eléctrico que dejaría sin luz a toda la comarca, ramas de árbol e incluso algo que parecía un libro mojado. Dylan nadó hacia la chica evitando los

restos de la tormenta que flotaban a su alrededor, pero una viga de madera astillada le arañó el brazo al pasar, tiñendo el agua turbia con su sangre.

—¿Crees que está muerta?! —gritó Ulises desde la orilla.

Dylan llegó hasta ella. La chica flotaba boca arriba sobre las olas, igual que si fuera otro más de los misteriosos objetos que la tormenta había empujado hasta la playa. Ahora que estaba a su lado, vio que su piel era muy blanca, casi transparente, pero pensó que era por haber estado flotando en el agua helada. Llevaba puesto un vestido blanco que las olas habían lamido y desgastado en las mangas. Tenía los ojos cerrados, y algunas algas verdes y onduladas enredadas en su larga melena rubia.

—¡No lo sé! —gritó por encima del ruido de las olas.

Dylan Morgan había pasado toda su vida en un pueblo pesquero: sabía bien que cuando encontraban un cuerpo flotando cerca de la orilla, era porque el mar ya había terminado con él. O con ella. Pero a pesar de eso sujetó a la chica por el brazo, y tiró de ella hacia la orilla. Nadó el camino de vuelta entre los restos desperdigados que flotaban a su alrededor dejando atrás las olas turbias.

Salió del agua llevando el cuerpo de la chica en brazos, arrastrando la cola empapada de su vestido de novia. Ulises lo ayudó cuando estuvo en tierra y entre los dos la tendieron en el suelo.

—Creo que no respira. —Dylan trataba de recuperar el aliento después del esfuerzo.

—¿Y qué hacemos? Aunque esté muerta no podemos dejarla aquí. —Ulises miró a la muchacha—. Tal vez deberíamos ir a Lekeitio para avisar al doctor Leguina...

Dylan se arrodilló junto a la chica y la observó, mientras pensaba deprisa.

—No, claro que no vamos a dejarla aquí sola. Nosotros la hemos encontrado, ahora ella es nuestra responsabilidad.

—Tal vez la pobre se ha caído de un barco de pasajeros y la tempestad la ha empujado hasta aquí.

Dylan la estudió un momento más: se fijó en su pelo largo

y enredado, su piel blanca como la nieve y sus ojos cerrados. No se parecía a ninguna otra chica del pueblo o alrededores, era difícil de explicar, pero había algo diferente en ella.

—Estamos lejos de las rutas de navegación de los barcos de pasajeros. Si se ha caído de un barco o de un trasatlántico de los que van a América, ha tenido que ser muchas millas mar adentro. No ha podido llegar ella sola hasta la orilla desde alta mar. No creo que se haya caído de ningún barco. Mírala bien: lleva puesto un vestido de novia.

Aunque estaban en la orilla, la cola de seda blanca del vestido era tan larga que todavía estaba metida en el agua, y se mecía suavemente con las olas.

—He oído que se han suspendido todas las bodas y los bautizos en los pueblos de la zona por la tormenta, ya sabes, en señal de respeto por las víctimas —empezó a decir Ulises—. A lo mejor iba a casarse con uno de los hombres que han muerto en la tempestad y se ha quitado la vida llevada por el dolor. Deberíamos preguntar en los pueblos de la zona, por si acaso alguien la echa de menos.

Dylan se inclinó sobre ella y acercó el oído a los labios de la chica. No parecía respirar.

—Está muy pálida, pero no parece muerta.

—Es una sirena —afirmó Ulises muy convencido de repente—. Tiene que serlo. Esta es una zona de sirenas y lamias, por toda la costa se cuentan historias sobre marineros y pescadores arrastrados a la desgracia por criaturas marinas con aspecto de hermosas mujeres. El abuelo Devon siempre nos habla de las mujeres de agua, son muy reales para él.

—No digas tonterías, se supone que tú eres el hermano sensato —le cortó—. Ya eres mayorcito para seguir creyendo en las historias que cuentan los marineros borrachos en las tabernas del puerto. Las sirenas no existen.

—Vale. Y entonces ¿qué es?

Los dos hermanos se quedaron un momento en silencio, con la mirada fija en la extraña joven que yacía sobre los cantos rodados.

—No lo sé —admitió Dylan, molesto por no tener una res-

puesta—. Pero desde luego no es una sirena y seguro que alguien la está buscando en algún sitio. Puede que sea la hija de una de esas familias ricas que vienen a pasar el verano en los elegantes balnearios y hoteles de lujo que hay a lo largo de toda la costa. Alguien debe de estar echándola de menos.

—Puede ser, sí, pero si es una sirena, entonces ella ha provocado la tormenta y ha hundido el barco del abuelo. Es todo culpa suya. —Ulises sonaba convencido—. El abuelo y padre dicen que las sirenas y las lamias son criaturas malvadas que arrastran a marineros y pescadores a la perdición. Mujeres muy hermosas que provocan tormentas, enloquecen a los hombres y dan mala suerte a quien tiene la desgracia de enamorarse de una de ellas. Hay que devolverla al mar.

—Ya vale, enano —le cortó Dylan con brusquedad—. Te digo que solo es una chica y que desde luego no vamos a devolverla al mar.

Dylan solo llamaba «enano» a su hermano cuando se enfadaba o cuando quería fastidiarle. O ambas cosas. Se pasó la mano por su pelo oscuro empapado sin apartar los ojos de la chica, intentando decidir deprisa qué debía hacer a continuación; sabía que el tiempo era fundamental si la joven no estaba muerta, pero sentía que sus pensamientos eran lentos y torpes, como sucede en los sueños.

—Voy a tratar de reanimarla —dijo Dylan de repente.

—¿Qué? Puede que lleve horas muerta, ¿y acaso sabes reanimar a los ahogados?

—No estoy seguro. Pero no voy a quedarme cruzado de brazos pensando en si podría haber hecho algo para salvarla. No he podido ayudar al abuelo, pero tal vez aún haya esperanza para ella.

Le abrió la boca con cuidado a la chica y un hilo de agua salada salió de ella cuando le ladeó la cabeza con delicadeza. Se inclinó sobre ella y colocó sus labios contra los de la joven. Le pareció que sus labios estaban muy fríos, como si fueran de hielo. Respiró con fuerza dentro de ella dos veces hasta que sintió que le dolían los pulmones y empezaba a marearse, después colocó las manos sobre su vestido mojado y le

apretó en el pecho cinco veces para que su corazón volviera a latir.

Pero no pasó nada.

—Igual sí que está muerta después de todo. No sabía que las sirenas pudieran morir. Creía que vivían para siempre, como en los cuentos.

—Esto no es un cuento y desde luego ella no es una sirena. Lo que pasa es que lo estoy haciendo mal, nunca he reanimado a nadie.

Se lamió los labios despacio y notó el sabor del salitre. Había recuperado un poco el aliento, así que volvió a inclinarse sobre ella. Pero justo cuando lo hizo, la muchacha abrió los ojos.

Asustado, Dylan dio un salto hacia atrás sobre las rocas arañándose la palma de la mano con una piedra. La joven se inclinó hacia un lado y tosió el agua que todavía inundaba su garganta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Dylan, todavía sorprendido por haber conseguido traerla de vuelta de entre los muertos.

La joven no respondió, terminó de toser y se limpió el agua salada de la barbilla con el puño de encaje del vestido. Se quedó sentada en el suelo, mirando a los dos hermanos con los ojos nublados como si no entendiera nada de lo que decían.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Ulises—. ¿Por qué no hablas? ¿Qué te ha pasado?

—Solo déjala respirar. ¿No ves que la pobre casi se ahoga? Dale un poco de tiempo para que se recupere.

Los dos hermanos la miraron en silencio, esperando alguna reacción por su parte, pero ella se limitó a estudiar con atención el delicado encaje que cubría sus brazos como si no lo hubiera visto antes. Cuando hubo terminado, extendió los dedos y hundió sus manos pálidas entre los guijarros del suelo, cogió uno especialmente blanco y pulido por las olas, lo examinó con curiosidad un momento y se lo guardó en el bolsillito oculto para llevar el rosario de su vestido de novia.

—Ahora está claro que es una sirena, por eso no puede

hablar. Todo el mundo sabe que las sirenas dan su voz a cambio de sus piernas humanas para poder venir a tierra firme.

—Ya basta —le cortó Dylan; después se volvió hacia ella y añadió, con voz más suave—: ¿Te has escapado de casa? ¿Te has caído de un barco?

—Nunca antes te habíamos visto por aquí. ¿Eres de alguno de los pueblos de la costa? Si quieres, podemos pedirle a alguien que avise a tu familia para que sepan que estás bien.

Pero ella pareció olvidarse de los dos hermanos y miró hacia el *Annabelle*, que se hundía entre las olas. Se fijó en el oleaje suave que llegaba a la orilla, en la manera en que la brisa comenzaba a secar su vestido, casi como si todo fuera nuevo para ella.

Dylan la estudió con curiosidad, había algo en esa chica que le resultaba vagamente familiar.

—¿Seguro que no eres de la zona? Es curioso porque me recuerdas a alguien, a una chica del pueblo que desapareció hace tiempo. —Dylan hablaba pensativo—: Su madre, Anastasia, la buscó durante un tiempo, llenó Ea y los caminos de la zona de carteles con su retrato por si alguien la había visto. Es la propietaria de la única funeraria que hay por aquí; vive con su otra hija en la casona con el tejado rojo que hay sobre la colina. —Se volvió hacia su hermano—. ¿Te acuerdas? ¿Cómo se llamaba esa chica?

—Cora —dijo Ulises, que apenas tenía un año por entonces, pero lo recordaba porque su madre aún guardaba uno de los carteles con el retrato de la joven en la cómoda de su dormitorio.

—Eso es, sí. Cora Amara.

Intercambiaron una mirada rápida, intentando decidir si era posible que esa chica fuese la misma que desapareció hacía más de veinte años.

—No puede ser Cora Amara —negó Ulises—, no habría envejecido ni un solo día desde que desapareció. —Se volvió hacia la chica—: No, no es posible que seas tú.

La muchacha no respondió, solo se puso en pie despacio con las piernas aún temblorosas, dio unos pasos sobre los can-

tos rodados y arrastró la cola del pesado vestido blanco fuera del agua. Los hermanos Morgan se levantaron y fueron tras ella.

—Da igual quién seas, lo primero es sacarte de esta playa.

—¿Y adónde vamos a llevarla?

Dylan lo meditó unos segundos, sin apartar los ojos de ella. Por imposible que sonase, el parecido con Cora Amara era tan asombroso que no podía ser una casualidad.

—La llevaremos a casa de las Amara, por si ellas la reconocen o pueden ayudarla.

—¿Quieres que la acompañe yo? —se ofreció Ulises—. Padre y tú tenéis esa reunión con los patrones que han venido desde Lekeitio y Bermeo para hablar de los daños. No vas a llegar.

La reunión. Dylan se había olvidado por completo de la maldita reunión. A última hora de la noche habían empezado a llegar las primeras cifras provisionales de las pérdidas causadas por la galerna, y no eran buenas. Esa mañana, su padre había organizado una reunión con los demás empresarios y patrones para formar un frente común antes de hablar con los delegados del Gobierno y las demás autoridades locales.

—La reunión... Ya estoy en la cuerda floja por culpa del último encontronazo que tuve con el idiota de Lorenzo Laguna, y ahora voy a perderme la maldita reunión. Padre va a matarme, de esta seguro que me aparta de la dirección de la empresa —dijo Dylan con aire resignado. Suspiró y miró a la chica—. Ya llego tarde, así que os acompaño a la casa de las Amara de todas formas. —Ya suplicaría luego perdón. Otra vez.

Antes de empezar a subir, los dos hermanos miraron hacia el horizonte para ver por última vez la silueta oscura del *Annabelle*, escorado, a punto de hundirse en el mar para siempre. Distinguieron un pequeño bote de remos y un vapor junto al naufragio buscando supervivientes. Las gaviotas sobrevolaban en círculos la zona del hundimiento y graznaban tan alto que podían oír sus gritos desde la cala.

—Volvamos ya, estoy empapado y tengo frío —añadió Dylan, en tono mucho más áspero ahora—. He cambiado de opi-

nión, no quiero quedarme y ver cómo el *Annabelle* se hunde por completo.

Cabizbajo, Dylan empezó a caminar de regreso hacia el sendero.

Ulises y la joven misteriosa le siguieron en silencio mientras los gritos de las gaviotas llenaban el aire. Los tres juntos caminaron hacia el bosque que abrazaba la cala, de vuelta al sendero que ascendía por la ladera de la colina. Pero antes de desaparecer entre los árboles, Dylan se volvió una última vez para mirar el mar: el *Annabelle* se había hundido para siempre en el horizonte. Tragó saliva, intentando deshacer el nudo que le atenazaba la garganta, y decidió que no iba a llorar por su abuelo hasta estar a solas, en algún lugar donde su hermano pequeño y esa chica de ojos extraños no pudieran verle y sentir lástima de él; cualquier cosa menos eso. La lástima le hacía parecer débil, solía decir su padre.

Los tres desaparecieron entre los árboles mientras la marea subía en su playa secreta.